

## Una gran novela hispanoamericana

= Envío del autor =

El Desencanto de Miguel García, novela por Benjamín Carrión. 1929. SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA—Madrid.



Benjamín Carrión

Después de haber dominado el ensayo en cuatro magníficos estudios biográfico-sociológicos que obligaron a asegurarse las gafas a la Alta Crítica, el autor de *Creadores* y creador ya él mismo de *la Nueva América*, Benjamín Carrión afronta gallardamente la novela con una obra en la que se patentiza nada menos que el conflicto espiritual de la juventud de América. Ya en su país había realizado varios esbozos novelísticos que son, cada uno de ellos un verdadero primor. Su primera obra, como novelista en grande, es *El Desencanto de Miguel García* que coloca de golpe a su autor entre las primeras figuras del género en América, incluyendo las gloriosas desaparecidas.

El ciclo evolutivo de la literatura es, como sabe cualquiera, el siguiente: lírica, épica, ensayo, teatro. La raza hispánica en América culminó y aún rebasó la Edad lírica produciendo aquel monstruo de Rubén. Nuestra raza parece refractaria a la Epopeya teniendo para ello un idioma que se presta como pocos. Ni España misma puede presentar una epopeya digna de parangonarse con los arquetipos del género en la literatura universal. En la América Española apenas ha germinado un embrión de epopeya: el inmortal Canto a Bolívar de Olmedo. En el ensayo, las gentes hispanoamericanas contamos con figuras supremas, surgidas en todo el haz del Continente. Y la novela, que muerta la epopeya es, como dice Rodó, la «épica inexhausta de nuestro tiempo, en donde se contiene todo lo infinito de la realidad y todo lo infinito de la imaginación», ha tenido relativamente pocos, pero insignes representantes en el Nuevo Mundo. Sus nombres están en la memoria de todos los lectores y no vamos a sacar hoy a relucir una erudición mostrenca. Lo que sí apuntamos es que la novela del siglo XIX en América es puramente erótica: consiste en narraciones de amores contrariados, de amores imposibles que casi siempre se desenlazan con la muerte. Para encontrar la novela grande, humana, la que afronta y apresa la vida hay que llegarnos hasta Federico Gamboa y Rufino Blanco-Fombona.

En el marco más estrecho de la literatura producida en el Ecuador, en el que hay que enfocar y en el que ocupa uno de los primeros sitios Carrión, la novela ha sido cultivada con éxito indiscutible. Don Juan León Mera, uno de nuestros clásicos, puede muy bien hombrarse con el Chateaubriand de *Chactas*. El otro gran clásico no sólo de su tierra sino de la lengua, Don Juan Montalvo tiene engastadas en sus obras narraciones estupendas que pueden entrar en una antología con las mejores de la literatura universal; además de aquel monumento tan sólo comparable al *Quijote* del que es continuación. Vienen luego las narraciones de Carlos R.

Tobar, autor del episodio nacional ecuatoriano tan logrado como es *Memorias de un veterano de la Independencia* y de aquella novela quiteñísima titulada *Timoleón Coloma*. Los hijos de Juan León Mera, Trajano, Eduardo y Juan León, infanzones de alta estirpe literaria, han escrito novelitas deliciosas. El malogrado Luis A. Martínez nos legó con su novela *A la costa* una joya imperecedera y una prueba magistral de lo que hubiera podido hacer. Manuel E. Rengel tiene *Luzmila*, interesantísima como narración y colorida de estilo. Calle, el proteico Manuel J. Calle, que ensayó todo, se manifestó en *Carlota* como novelador. Otro periodista, formidable como periodista, y admirable bajo este sólo aspecto, N. A. González, escribió unas cuantas novelas que han caído justamente en el olvido. Víctor M. Rendón acaba de publicar *Lorenzo Cilda* que todavía no conocemos. El límpido prosador Alfredo Baquerizo Moreno tiene dos o tres novelas lindamente escritas. Zaldumbido ha realizado hasta ahora aquel esmalte castellano y criollo que se llama *Egloga trágica*. José Rafael Bustamante nos ha dado fragmentos de una novela naturalista con el título de *Para matar el gusano*. Isaac J. Barrera ha realizado una bella novela en *El dolor de soñar*. Miguel Ángel Corral nos dejó *Voluptuosidad y las cosechas*. Fernando Chávez, manejando artísticamente temas indígenas y rurales ha troquelado *Plata y Bronce*, que hace esperar mucho de su talen-

to. Otro escritor que yo me lo sé más que de memoria y que no me gusta nada quiso hacer en *Iris* un ensayo de novela en puras imágenes. Si he conseguido o no el intento, no soy yo quien deba decirlo, pero la mejor novela que se ha escrito en el Ecuador es, en nuestro concepto, *Pacho Villamar*, de aquel viejo maestro, admirable por su vida de sacrificio, admirable por su obra vasta y sustanciosa, admirable por su estilo de los grandes tiempos de nuestro idioma. He nombrado a don Roberto Andrade, Decano de nuestros escritores y autor de una sola novela, pero tan acabada que pudo firmarla el Sumo Pontífice del género, Don Benito Pérez Galdós.

A este grupo ilustre se incorpora Benjamín Carrión, llevando de la mano, como se lleva a un niño, a su *Miguel García*, que es una criatura humana.

Miguel García es el soñador generoso, el muchacho dominado por un ideal de justicia, de verdad, de belleza. Quiere proyectar sobre la pobre realidad de su país su espiritualidad purificadora. Ha leído, ha estudiado, ha soñado. Quiere llevar sus teorías salvadoras a la práctica. Pero se estrella ante la realidad. Nadie, fuera de una mujer que le adora, le sigue. Todos le dejan solo en el fracaso. Los otros jóvenes o se han amoldado al medio corrompido o se han apartado con asco y sin ningunas ganas de luchar. Los hombres en quienes la juventud puso su mirada, todos han defraudado a la juventud. La estructura social de Hispanoamérica es ferozmente medioeval, y la horrible política suramericana está hecha a base de caciquismo y pretorianismo. El hombre puro para no ser triturado moralmente por el horrible engranaje político tiene que retirarse a tiempo con horror. El choque del ideal es, como dice Carrión, «contra las realidades hostiles, no enemigas sino babosamente mediocres, bufas, ratoniles... Pero hace falta el optimismo constructivo de los hombres que no han expuesto sus sueños al fracaso». Es preciso abandonar para siempre empresas guerreras y ponernos a hacer de nuestro pueblo lo que debe ser, «un pequeño pueblo cristiano que trabaje y que lea, que tenga que comer y que sepa vivir». Esto no lo puede realizar un hombre, sino las generaciones incontaminadas, la juventud que hoy se amolda a todas las infamias o se inhibe, o se malgasta en futilidades. Miguel García confió en sus camaradas; pero todos le abandonaron en la hora del peligro, y él vió roto su sueño cristalino. En su desencanto desolador, cuando sale de la cárcel para tomar el camino del exilio, sólo el hermano de su amante le acompaña en espíritu y en verdad. Este camarada fiel es Luis Alfonso. A él le ha sido revelado en Europa, en toda su monstruosidad, «el mal que se han he-